

Pasos para modificar el comportamiento del niño.

Definir el problema

Enfocar los problemas de uno por uno

Ser modesto

Ser consecuente y constante

Ser positivo

Hacer saber al niño lo que se espera de él

Consideraciones previas

Cuando llegamos a ser padres, de algún modo intuimos que se trata de una labor a largo plazo. Sabemos bien que la educación de un niño requiere años. El proceso de comunicar disciplina a un niño es permanente. A medida que se le ve crecer y aprender, mientras se desarrolla la capacidad como padre, nuestra seguridad aumenta de modo que podremos enseñar al niño lo que necesita aprender en el desarrollo equilibrado de su personalidad. Es una buena idea que los padres incorporem técnicas en las relaciones familiares cotidianas que contribuyan a mejorar nuestra seguridad y autoridad.

Cuando el niño se porte bien debemos ser capaces de decírselo y cuando el comportamiento sea inapropiado o molesto, actuar de inmediato para cambiarlo. Se pueden aplicar con éxito soluciones y alternativas para la mayoría de los comportamientos que se desean mejorar en los niños.

Los padres eficaces combinan la disciplina con un amor incondicional. Del mismo modo que no hay que tener reparos en manifestar el cariño que siente por su hijo, tampoco ha de tenerlos para definir claramente los comportamientos inaceptables. Para que su labor correctiva sea eficaz, deberán combinarla con el refuerzo del comportamiento correcto. Elogie los esfuerzos

positivos de su hijo. Tanto usted como él se sentirán mejor y aprenderán de la experiencia. Cuando haya un problema, planifique paso a paso. Escoja una solución y cuando note una mejora recíbala con orgullo. Enseñar a portarse bien es un proceso continuo. Es disciplina en su mejor expresión. Se basa sobre todo en su voluntad para formar y guiar a su hijo con amor y comprensión.

1. PASOS PARA MODIFICAR EL COMPORTAMIENTO DEL NIÑO

Niños perfectos o los padres perfectos no existen como tales, y hasta ahora no ha habido padres que no dudaran, al menos ocasionalmente, sobre sus propias capacidades como padres y madres. Los niños no se comportan siempre como sus padres quisieran, y cuando los padres no logran cambiar los hábitos de sus hijos, se frustran, se confunden y se muestran inseguros.

Aunque fuéramos la generación de padres mejor educada e informada de la historia no tendríamos todas las respuestas. ¿Qué hay que hacer cuando Carlos cambia de opinión quince veces sobre lo que se va a poner para ir al colegio y pierde el autobús continuamente? ¿Cómo actuar cuando Begoña se porta mal en el supermercado? ¿Cuándo el niño no quiere comer? ¿Cuándo Felipe le da puñetazos a su hermana constantemente? ¿Cuándo Eduardo se despierta y se pasa la noche llamando o David se muerde las uñas hasta dejarse los dedos en carne viva?

Existen soluciones útiles para los padres, pero antes de aplicarlas es conveniente leer estas indicaciones y las técnicas de disciplina. Los conceptos que aquí se presentan facilitarán la comprensión y aplicación de soluciones. Hay que recordar que no se debe esperar el éxito de las estrategias emprendidas demasiado pronto sino que se deben fijar metas según la edad, personalidad, habilidades, sexo y desarrollo del niño. Los niños no pasan todos por las mismas etapas a las mismas edades, ni son igualmente maleables, y puesto que cada padre es el que mejor conoce a su hijo, debe fiarse de sus propios juicios y de su instinto.

DEFINIR EL PROBLEMA

Antes de hacer cambios hay que saber qué es lo que se desea cambiar. No sirve de nada etiquetar a un niño como irritante, salvaje, tozudo o rebelde, ya que dichas etiquetas son generalidades y no se puede cambiar algo tan poco definido. Además, no se trata de cambiar a todo el niño, sino solamente su conducta o actitud. Conviene ser específico. No dejarse llevar por los sentimientos. Definir y aislar el problema. ¿Qué es exactamente lo que el niño hace o no hace repetidas veces y cual el defecto que le domina? ¿Qué es exactamente lo que se desea que hiciera más o menos a menudo? Centrarse sobre lo que hace el niño y que es lo que habitualmente saca de quicio. Si se considera, por ejemplo, que Alberto nunca acaba nada, pensar en lo que le lleva a esa conclusión. Desglosar la conducta en varias parcelas: Alberto no termina sus deberes: y nunca recoge la ropa. No se puede tratar con el hecho de que nunca acabe nada, pero sí se puede cambiar su actitud ante los deberes y la ropa.

Tomar una hoja de papel y dividirla verticalmente por la mitad. Escribir en la parte superior de una mitad: *Menos veces*, y de la otra mitad: *Más a menudo*. En la primera columna hacer una lista de comportamientos o hábitos específicos que quisiéramos que el niño hiciera menos: en la segunda columna, escribir el reverso o paralelo de estas conductas, las que se pretenden conseguir más a menudo. Cada punto debe tener su paralelo. Por ejemplo:

Menos veces	Más a menudo
Ser respondón.	Hablar con respeto.
Evadirse de lo que se le pide o cuestionarlo.	Actuar con diligencia cuando se solicita.
Dejar el cuarto hecho un lío.	Poner la ropa en un cesto.

ENFOCAR LOS PROBLEMAS UNO POR UNO

Una vez se haya decidido exactamente qué comportamientos del niño se desea cambiar, puede surgir la tentación de abordar todos los problemas presentados a la vez. Hay

que resistir este impulso y centrarse en cada problema, uno por uno, resolviendo uno antes de pasar al siguiente.

Al hacer la selección, puede que se elija un comportamiento difícil o uno que sea muy preocupante. Esto está bien, aunque a veces es conveniente empezar por un problema menos significativo que pueda resolverse con rapidez para que todo el mundo comience con una sensación de éxito.

En las semanas o meses que siguen, a medida que se va avanzando en la lista, es posible que haya una tendencia al cambio de prioridades. Surgen nuevos problemas y otros desaparecen o parecen menos importantes. Cada cambio causará un efecto sobre la conducta general del niño en un sentido positivo. Cada cambio supone un paso más para conseguir un niño más cooperador. Debe procederse paso a paso, las normas antiguas cambiarán y poco a poco el niño se encontrará mejor consigo mismo.

SER MODESTO

Rara vez se soluciona el problema de un niño de la noche a la mañana. Los cambios, tanto en los niños como en los adultos tienden a producirse lentamente y por etapas. Si un niño que antes se negaba a realizar copias para mejorar su caligrafía, empieza a practicar diez minutos al día, hay que alegrarse y demostrarlo. Se ha logrado un progreso real. El niño se sentirá bien consigo mismo y esto le animará a trabajar más tiempo. Si ha habido dificultades para hacer que el niño salga de casa por las mañanas, hay que contentarse con que coja el autobús dos días consecutivos y no esperar que además se haga la cama. Eso llegará más adelante. Es mucho más productivo que todos estén encantados con pequeños signos de progreso a que nos desilusionemos cuando no se cumplan expectativas demasiado exigentes.

SER CONSECUENTE Y CONSTANTE

Conseguir el éxito final en el cambio de la conducta de un niño requiere ser consecuente y constante. *Pensar lo que se dice, decir lo que se piensa, y asegurarse de que todos digan lo mismo.* Primero se debe llegar a un acuerdo sobre el problema y el plan antes de

comenzar a aplicar soluciones. Además de esto, será de gran ayuda si se consigue unificar criterios en el matrimonio y después con el profesor, asistente, abuelos y cualquier otra persona que tenga un contacto regular con el niño.

Siempre se debe tratar de aplicar una solución con constancia para que sea eficaz. Los padres tienden a abandonar demasiado pronto y sus hijos lo saben. Unos padres inconstantes no imponen autoridad y sus hijos no respetan sus peticiones porque saben que no necesitan hacerlo. Si lloran o gritan o se resisten el tiempo suficiente, se saldrán con la suya. Una vez tomada una decisión sobre cómo tratar un problema, no debe fluctuar ni rendirse (dentro de lo razonable, claro está). Por ejemplo, si se ha decidido ignorarle sistemáticamente (*véase Capítulo 2, sección 2, Técnicas Básicas de Disciplina, cómo ignorar*) cuando el niño llora para que le compren caramelos en el supermercado, y si, tras dos veces de ir de compras con él padre no soporta los lloriqueos y súplicas o las miradas hostiles de la gente y se rinde, agotado, no sólo no se ha resuelto el problema sino que se ha aumentado.

Para lograr ser constantes, es conveniente medir y apuntar los cambios. Muchas veces los cambios son menos evidentes de lo que se espera, pero ahí están. Si el niño hace rabietas, por ejemplo, es útil tomar nota de su frecuencia y duración. Seguramente nos sorprenderemos al descubrir que las rabietas se van haciendo más cortas y menos frecuentes pocos días después de aplicar una técnica. Al notar un progreso, será más fácil continuar lo que se esté haciendo.

El tomar notas también ayuda si la solución elegida no da resultado en un caso particular. Entonces se debe elegir una de las alternativas sugeridas.

SER POSITIVO

Conviene tratar de ver la conducta general del niño desde una perspectiva positiva. No todo lo que hace el niño resulta desagradable, sólo algunos comportamientos irritan y frustran. Conviene trabajar sobre dichos comportamientos uno por uno. Mientras tanto, asegurarse de que el niño sabe que se le quiere y le aprecia y recordarle –manifestándoselo– cuándo se está comportando correctamente. Si Juan ha estado haciendo ruido en el restaurante y después se tranquiliza, hay que decirle entonces que apreciamos su modo de actuar. Con un comentario positivo se consigue mucho más que con cualquier crítica. No despreciar nunca la efectividad

de los elogios, especialmente en los niños. Los pequeños, sea cual sea su edad o etapa, quieren desesperadamente la aprobación de los padres (aunque hay que admitir que a veces es difícil de detectar).

HACER SABER AL NIÑO LO QUE SE ESPERA DE ÉL

Después de seleccionar el comportamiento que se desea cambiar y elegir una estrategia o solución entre las que se ofrecen, se debe encontrar un momento tranquilo para explicarle al niño lo que va a ocurrir. Hay que mantener siempre una actitud positiva. Simplemente se le está explicando un nuevo acontecimiento.

Describe el Objetivo en palabras sencillas, que el niño pueda comprender fácilmente. Se ha comprobado que a menudo los padres hablan a sus hijos en términos adultos, diciéndoles que tienen que ser más responsables y buenos. Eso significa muy poco para los niños pequeños. Evitar lo abstracto y concentrarse en las cosas concretas. Decir al niño exactamente lo que va a hacer y lo que se espera de él «Juan, a partir de hoy vamos a dedicarnos a que te acostumbres a recoger tu ropa sucia, metiéndola en el cesto». Conviene hablarle de lo que se quiere que haga más o menos a menudo.

No se le debe revelar toda la estrategia sino comunicarle de una manera amistosa, cariñosa y sin amenazas cuál es el objetivo hacia el que se pretende avanzar. Según sea la estrategia o soluciones que se han elegido y según la edad del niño, el padre puede tener que dar más información, tal como detalles sobre gráficos o recompensas.

Información obtenida del libro: [PORTARSE BIEN](#)

- Garber, Stephen, (aut.)
- Lienas Massot, Bibiana, (tr.)
- Ediciones Medici, S.A. 1.
- ed.(10/1989)
- 448 páginas; 15x23 cm
- Idiomas: Español
- ISBN: 8486193249 ISBN-13: 9788486193249